

PERLA SUEZ

LA ENTREGA



Suez, Perla
La entrega / Perla Suez;
Fotografías de Jorge Kleiman. - 1a ed - Ciudad
Aut noma de Buenos Aires: Edhasa, 2025.
192 p.; 22,5 x 14 cm.

ISBN 978-987-628-762-3

1. Novelas. I. Kleiman, Jorge, fot. II. T tulo.
CDD A863

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición: abril 2025

© Perla Suez, 2025
© de la presente edición Edhasa, 2025

C/Diputació, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-762-3

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Latingráfica S.R.L.

Impreso en Argentina

Esta edición de 1.500 ejemplares de *La entrega*, de Perla Suez, se terminó de imprimir en Latingráfica S.R.L., en marzo de 2025.

Para Joaquín y Lucio

Olmos

*“Todo el día he tratado de distinguir
necesidad de deseo. Ahora, en la oscuridad,
solo siento una amarga tristeza por nosotros,
los carpinteros, los que cepillamos la madera,
porque he estado mirando
atentamente esos olmos
y he observado que el proceso que crea
el retorcido, inmóvil árbol
es un tormento, y he entendido
que no producirá más formas que formas retorcidas”.*

Louise Glück

Aquí sólo un pájaro tiene vida propia.

Herta Müller

I

Secuestro

Villaguay, Entre Ríos, junio 2002

Después de todo era una niña de catorce años que estaba volviendo a su casa. Había visto cuando el Toyota dobló en la esquina y subió a la vereda. No entendía en qué momento se abalanzaron sobre ella y la metieron en ese auto de vidrios polarizados.

Forcejeó, sintió la mano grande de un tipo que la obligaba a bajar la cabeza y le presionaba la nuca, mientras otro la empujaba a subir.

El auto se perdió por un camino de tierra.

La niña lloraba, el hombre la hizo callar. Enseguida la amordazó.

La niña tenía la boca pegada a la garganta, las manos frías, le castañeteaban los dientes. Quiso gritar, pero no pudo.

Portate bien y no te va a pasar nada.

Anduvieron un trecho. Cuando el coche se detuvo, uno de los tipos, grande y pesado, la empujó y la obligó a bajar. La agarró de un brazo y le dijo que caminara rápido.

Caía la tarde, el cielo estaba encapotado, había bajado la temperatura y el frío calaba los huesos.

Del otro lado de la ruta la niña alcanzó a ver la silueta de un camión con acoplado y unos hombres que se movían por la banquina. Consiguió zafarse, una energía desconocida se apoderó de ella, empezó a correr. Le dieron la orden de que se detenga, pero ella desobedeció y siguió alejándose desafiante. Se sacó la mordaza como pudo y la tiró al suelo. El aire helado le cortaba la cara. Alcanzó a ver las luces de Villaguay, a lo lejos el tanque de agua apenas iluminado.

Escuchó un tiro, creyó que la bala se le había incrustado en la nuca. Me mataron, pensó, y se quedó sin respiración. Continuó corriendo y por un momento sintió que los había perdido de vista, aflojó el paso, como si el febril flujo de adrenalina hubiera remitido. Jadeaba con cada palmo que podía ganar.

Un poco más adelante vio una casa en medio de la nada y pensó que allí iba a poder refugiarse.

Tocó el timbre, una mujer la vio por la ventana, no le abrió. La niña insistió, golpeó la puerta.

La mujer tenía el pelo corto y peinado con una raya al costado, la miró de reojo como dándole a entender que tenía desconfianza o temor de abrirle la puerta. Cerró la ventana.

Ábrame por favor, alcanzó a gritar.

De golpe escuchó la voz del tipo cerca, muy cerca, ¡Vení para acá!

Sin resuello, sin que le flaquearan las piernas, la niña retomó el ímpetu.

El tipo la agarró. A Evelin se le erizó la piel, le apretaba la muñeca cada vez con más fuerza con su mano fibrosa y fuerte.

Enseguida la acorraló y la arrastró hasta el camión.

Le iluminaron el estribo con una linterna y la empujaron para que subiera.

Una vez arriba, alcanzó a ver otras chicas amontonadas sentadas en la caja. Algunas eran delgadas y menudas como ella. Sólo se veían sus pupilas dilatadas de miedo. La puerta se cerró y un velo de oscuridad la envolvió.

Villaguay, Entre Ríos, abril 1999

Juan Fabre, con la caña de pescar en la mano, espera plantado en un banco de arena a orillas del río. Está seguro de que va a haber buen pique, ha llovido mucho.

La cabeza no para de darle vueltas, aguarda paciente que algo muerda el anzuelo. Nunca imaginó que Ontivero lo estafaría.

En la pesca encuentra alivio.

El agua está turbia, es una ventaja, los peces pierden noción del peligro en las aguas revueltas.

Fabre vuelve con una boga grande de unos cuatro kilos de cuerpo alargado, con cuatro surcos laterales amarillos y el vientre plateado. Agarra la tabla de madera y el cuchillo, lo afila en silencio. Con la hoja

cortante le quita las agallas, las pequeñas aletas y lo descama desde la cola a la cabeza. Enseguida, le abre el vientre. Le saca el espinazo y las vísceras. Lo enjuaga bajo la canilla. Pasa la mano desde la cola hacia la cabeza del pescado sintiendo al tacto la ausencia de asperezas en la carne húmeda. Enseguida lo pone a la parrilla con el carbón ardiente. Esparcidas por el suelo relumbran las escamas.

Juan tiene todo listo. La mesa puesta en el patio para cuando las chicas y Mirta vuelvan del club.

Toma la escoba, la pala y barre las placas vidriosas esparcidas por el suelo. Cuando la boga empieza a dorarse, le pone limón y la deja cocinar a fuego lento.

Después de lavarse las manos, se acuesta en la hamaca de la galería. No puede evitar preguntarse cómo va a salir adelante.

Ontivero le había dejado una seña. Esa venta significaba para Fabre empezar a salir de las deudas que había contraído en el aserradero. Pero Ontivero desapareció de Villaguay con el stock de peteribí y otras maderas, dejándolo a la deriva.

Juan escucha la llave girar en la cerradura, se levanta de la hamaca y ve a sus hijas, están corriendo carreritas

alrededor de la mesa. Él se inclina sobre la mayor y le besa la mejilla, toma su cara entre sus manos, la retiene por un momento. Luego levanta a la pequeña pero la niña se desprende de sus brazos y se va.

Juan llama a la mesa, ansiosas las chicas se sientan. Él saca el pescado de la parrilla y le dice a Mirta que traiga las papas. Enseguida sirve y comen con avidez.

De golpe Mirta dice,

Estuve hablando con el abogado, lo mejor es que no paguemos los impuestos.

¡Cómo no vamos a pagar los impuestos!

Juan, lo recomienda el abogado.

Juan se queda pensativo.

Mirta cuenta de la competencia donde estuvieron esa mañana, la más pequeña agrega que su hermana nada como un pez.

Es otoño, no hace frío. La gata que ha estado revolcándose entre las hojas secas del roble se acerca a la mesa y pide que le conviden. Juan corta un trozo y se lo da. La gata se abalanza y lo devora, se limpia el hocico con su lengua rasposa.

Cuando terminan de comer, Juan descorcha una sidra.

¿Qué festejamos, papá?, pregunta la hija mayor.

La más pequeña se tapa la cara con las manos cuando salta el corcho.

¡Salud!, dice Fabre y sirve un poco en cada copa.

Brindan.

Sólo se escucha el ruido de los vasos chocando
unos contra otros.

En el salón del Club Gualeguay la gente festeja los cincuenta años del club, retumban las voces y los ruidos. Las paredes están decoradas con guirnaldas, los tableros largos con manteles y flores de papel.

Fabre se sienta a la mesa, Mirta a su lado, frente a él, un hombre de manos curtidas de unos cuarenta años tiene un bebé en brazos. El bebé no deja de mirar de reojo a Mirta, ella está encantada con las pequeñas manos regordetas del niño. Juan toma un sorbo de vino y luego otro, le sirve a Mirta. La gente festeja la llegada de la comida. Una señora deja sobre la mesa una bandeja con empanadas.

El bebé empieza a llorar. El hombre intenta calmarlo, está incómodo, dice que pronto va a llegar su mujer. El bebé grita. Juan mira al niño con fastidio. El hombre se da cuenta, se levanta, pide disculpas y se va. Juan suspira aliviado.

Se escucha un alboroto, acaba de entrar el intendente. Juan reconoce a uno de los que lo acompañan, es Andrés Martínez, su compañero del secundario.

Se pone de pie y ansioso dice a Mirta que ya vuelve.
¿A dónde vas?

Juan no contesta, ella lo ve dirigirse rápidamente hacia donde está el intendente.

Mirta sabe que, aunque él no lo admita, le gusta codearse con esa gente.

Lo sigue con la mirada.

¿Andrés?

Martínez se da vuelta.

¡Qué haces Juan! ¡Tanto tiempo!

Cierto, hace mucho que no nos vemos.

¿Se conocen?, pregunta Martínez señalando a los que lo acompañan.

Los hombres se miran, el intendente sonríe y le tiende la mano a Juan.

Enrique Altamira, para servirle.

Él es Juan Fabre, mi amigo de la infancia.

¿Y a mí no me presentás?, soy Sergio Becerra.

Juan le vio cara conocida pero no estaba seguro. Tal vez había sido un cliente hace tiempo.

Martínez se disculpa con gesto forzado.

En ese momento Mirta se acerca.

Buenos días, soy Mirta, la mujer de Juan, mucho gusto, dice con una sonrisa afable.

Ellos complacidos la saludan.

¿Mirta, te acordás de mí?

No te puedo creer ¡Andrés!

Él se acerca y la abraza.

Qué bien que estás.

Gracias,

Veó a tus gurisas acá en el club. ¡Están enormes!

Sí, es verdad, Evelin ya tiene once y Mara va a cumplir siete años. ¿Y los tuyos?, también deben estar grandes.

Javier tiene dieciséis y Pablito catorce, preparate Mirta para la adolescencia.

Sí, es una edad difícil. Nos vemos después, los deajo conversar tranquilos, dice ella y se va.

A nosotros también nos esperan ¿Vamos Sergio?, interviene Altamira.

Sí, vamos.

Antes de irnos, Andrés, el viernes nos vemos en el asado a ver si armamos una nueva Comisión Directiva y mejoramos el club.

El intendente mira a Juan y le dice que está invitado y que cuenta con su presencia.

Va a ser aquí mismo, ¿Viene?

Juan se siente reconocido y acepta la invitación.

Los hombres se alejan, Martinez le comenta que la idea es recaudar fondos y que para eso han pensado en un bono.

Contá conmigo, dice Juan.

Se hace una pausa.

Y cambiando de tema, ¿Cómo te está yendo?

Muy bien, ahora soy un hombre libre. Me separé de Alicia, la pasé mal, ella se quedó con todo y me

fundió. Fui saliendo de a poco. Becerra me dio una mano, sin él no hubiera salido a flote.

No sabía nada, ¡Qué bueno que saliste adelante!

Sí, la verdad es que estoy muy bien.

¿Y Becerra qué hace?, pregunta Juan de golpe.

¿Sergio? Tiene una financiera, hizo mucha plata en poco tiempo.

¡Mirá qué bien!

¿Y a vos cómo te va Juancito?

No me quejo.

Martinez mira el reloj y dice,

Acompañame, saludo a Mirta y me voy, se me hace tarde.

Se acercan a la mesa, abraza a Mirta y dice a Juan, Nos vemos el viernes en la reunión, no te olvidés del bono.

No me olvido.

Martinez se va.

Vamos también nosotros a casa, es tarde Juan, dice Mirta de modo seco.

Sí, vamos.

Mirta sube al auto, se recoge el pelo en un rodete. Juan hace marcha atrás, pone primera y salen entre los autos del estacionamiento.

Así que le compraste un bono a tu amigo, dice Mirta incrédula.

Sí, ¿Por...?

Mirta lo mira con cara de reproche.

¿Qué querés que me den vuelta la cara?
No quiero discutir, acelerá.